

Variedad de la confluencia en *Derroteros del alba (variaciones sobre el deseo)*, de Heber Quijano

La poesía, como definió el poeta español Miguel Hernández, gira siempre en torno a los mismos temas: vida, muerte y amor. Pese a la impronta del tiempo y sus nuevas creencias —entre éstas, que el amor es simple química; la vida, eterno peregrinaje hacia el dinero; la muerte, el descanso más fatal y más incierto—, tal afirmación conserva su validez y sigue desatando la aparición de poemas. Sin embargo, las tradiciones se mueven y el lenguaje se ha transformado. En *Derroteros del alba (variaciones sobre el deseo)*, Heber Quijano consigue asir las palabras propias del deseo y crear un mundo en el que “desde tres riberas diferentes atestiguamos un mismo naufragio, el del deseo extinto. [El texto] hace las veces de la bitácora del entomólogo, del conjuro diabólico y del vestigio de fósiles colectivos. [Así,] menos que carne, la palabra se pierde por y entre la carne”. Estas breves afirmaciones merecen mayores comentarios; por ello, emprendemos a continuación un recorrido por estos *derroteros*.

El primer apartado, *El canto de los grillos*, se compone de poemas titulados según varias formas musicales. Resulta lógico, así, que inicie con “Obertura”. Este nombre trasciende la mera denominación y se traslada al plano del significado: las astillas brotan de los dedos y germinan; por tanto, el poeta experimenta su propia fecundidad, aun cuando los añicos evoquen destrucciones previas. En el mismo sentido, el amor nace, y su origen ocurre, como pocos sucesos en este poemario, de manera paradigmática: la carne es transparente, apenas una sugerencia. La amante

es todavía libélula y oruga: tentativa que puede escapar alzando el vuelo o confinándose al sopor de la crisálida.

Del mismo modo, "Preludio" aún evoca el principio; no obstante, en estricto sentido, corresponde al momento de afinar los instrumentos; por tanto, describe las primeras convivencias eróticas. En su decurso, el cuerpo se torna tangible, el asedio de la seducción estalla y, con éste, brotan versos impactantes: "eres luciérnaga de canela / en las noches que mis sábanas / cantan elegías / cansadas de buscar cadáveres".

Tras estos escarceos, "Allegro" corresponde al contacto pleno de los amantes, al gozo del encuentro: el colchón se transmuta en pródigo Edén donde las piernas trinan; el poeta es trapequista entre la alfombra y el alba. Y no sólo eso, pues el mundo entero se trastoca: las herejías redimen, la vida se resuelve en madrugadas. Sin embargo, como un eco de "Los amorosos" de Jaime Sabines, los amantes, embebidos de presencia, se repliegan en su aislamiento. "Aria", composición para ser cantada por una sola voz, ejemplifica esta soledad.

Por su parte, "Nocturno" se impregna de múltiples sentidos: al mismo tiempo canto propio de la noche y melodía dulce para recordar su sosiego. No obstante, el poeta, calcinado por la rigurosa insistencia del deseo, intenta, entre laberintos y confusiones, dilucidar la madrugada y la súbita irrupción de la distancia: la pasión se verte ahora a cuentagotas. En contraste, "Sonata", pieza para numerosos movimientos e instrumentos, explica, mediante los tímidos reproches del poeta, la razón de tales lejanías: "mírate así, recostada en mi frente / mientras iluminas otro lecho"; de esta manera, los celos emergen, el deseo unitario se disgrega y se vislumbra el vencimiento.

Entre estas oposiciones, "Fuga", en términos musicales un tema y su contrapunto,

reúne la pasión y el insomnio; las libélulas y los escorpiones; la locura y la muerte; la soledad y el placer orgásmico. Impávidos e irresolutos, los amantes contemplan sus mutuas muertes y, con el final de la noche, el declive de su historia: "Mira cómo invocan los grillos el alba. / Me iré persiguiéndome la espalda".

Para terminar, "Réquiem" constituye una misa por el fallecimiento de la pasión. La amante, triunfal, ha sometido maliciosamente al poeta: mantis religiosa, tras la cópula, tal vez, se apresta a devorar el cuerpo fatigado. Y es verdad que el deseo se torna peligroso cuando desemboca en esa posesión última: la ambición caníbal; es decir, la derrota suprema.

Por otro lado, como indica el título del volumen, *Aquelarre* —el segundo apartado del poemario— refiere algunas variaciones en torno al germen y a la pérdida del deseo. De forma semejante, con "Acecho" la seducción cobra visos de descarada cacería y apela a la amante con dejos cínicos y tiernos: "dónde más puedo estar sino atento / con una jauría entera al acecho, / ¿no tienes miedo?". Lo mismo ocurre en "Puente": la amante, vaivén y sombra esquiva, juega a resistir y ceder frente al poeta, metamorfoseado éste en licántropo sediento.

Una vez unidos los amantes, "Cascada" consigna la naturaleza y la medida de las caricias, de nuevo cercadas por la presencia de otro hombre: "pero recostada a su lado eres virgen / aunque lleses su nombre a tu costado / aunque conmigo la lujuria te domine". La infidelidad, no obstante, trasciende el territorio de la carne y encalla, amenazante, en el abismo de la existencia: "llévate mi muerte entre las piernas / y no regreses". Ésta, igualmente, vacía las posibilidades concedidas por el tiempo: en "Escampe", las conversiones —y conversaciones— de la memoria y el futuro

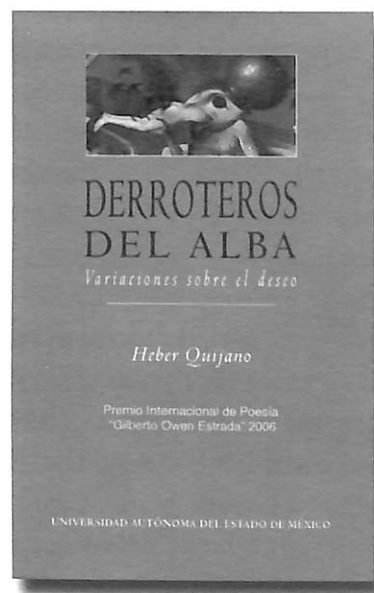
—porvenir, por demás, convencional: con casa compartida e hijos— son segadas por el desfallecimiento y la afasia: “ya se lleva la muerte tus huesos / y no sé cantar letanías”. De esta forma, el poeta se niega y comprende que, ante este panorama, sólo queda la desolación. No obstante, en “Desierto”, la amante representa el alivio de todas las catástrofes, lo cual no la despoja de las maldiciones de la seducción: simultáneamente, hiena y virgen —con todas sus implicaciones—; el ansia de su posesión conduce al suicidio. Mas, mientras las Parcas urden sus tramas, las llagas supuran mariposas y el plomo florece: el dolor engendra las últimas bellezas, que explotan con el orgasmo final de los amantes.

Finalmente, *Lugares comunes*, la tercera parte del poemario, se revela como un curioso remanso en que se trastornan algunas imágenes tópicas pertenecientes al *corpus* de la poesía amorosa occidental. En primer término, “Tu cuello”, relativo a un fragmento del cuerpo típicamente erótico, se torna común en un doble sentido de la palabra: la amada lleva en el cuello un “enjambre de dedos”; es un muro frecuentemente visitado, en el cual todos los hombres hallan el fracaso. Por su parte, “Aurora boreal”, mediante contrapuntos que hermanan arco iris y gusanos, desmenuza la putrefacción que alberga la ausencia. En otro tenor, en “El caníbal”, el poeta transfigura el mito de Prometeo, castigado ahora por haber contemplado y experimentado el deseo; aún más, por hablar de él.

Entre tanto, “El inquisidor”, lejos de preservar el más preciado tesoro femenino, lo explora y sitia, doblegándolo entre placeres. Más allá, “El cartógrafo” se aproxima a dos tópicos de la lírica erótica: la *mujer-tierra* y la *mujer-madre*; sin embargo, no se conforma con sólo construir en ésta el mundo y, también, edifica el inframundo. Asombrado, el poeta aspira, sin conseguirlo,

a mirarse en el otro cuerpo; así, el cosmos que éste representa resulta inabarcable y, por ello, desconsolador. Finalmente, “La ruleta rusa” es un poema absolutamente lúdico: los juegos del lenguaje convocan y destruyen numerosos lugares comunes, y al final persisten en la derrota.

De esta manera, en *Derroteros del alba...* observamos un universo que viaja hacia la seducción, sin empecinarse en alturas ideales: en su discurso resuena siempre la ironía, en la cual se trasluce la idea de que la poesía amorosa debe desnudarse de florituras. En ese sentido, el lenguaje de la entomología permite recobrar la concreción de la imagen y aferrarse a la tierra, con sus implicaciones salvajes e instintivas. En otro tenor, la profusión de anáforas y los juegos de palabras —“enjambre de lumbre”, “agua que fragua”, “escombros de sombra”— reflejan las sutiles diferencias concurrentes en las variaciones. Estas discrepancias, en el marco que hemos construido, indican claramente múltiples significaciones, las cuales requerirían un estudio mucho más amplio que este breve repaso, que desea ser introducción e invitación a la lectura. □



Heber Quijano, *Derroteros del alba (variaciones sobre el deseo)*, Toluca, UAEM, 2007, 75 pp.